

1031

ANTONIO ESTREMERAS

El bajo cantante

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original

Archivo

de

Alfredo Barbero



Archivo

de

Alfredo Barbero

Copyright, by Antonio Estremera, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

5



ARCHIVO
DE
ALFREDO BARBERO

EL BAJO CANTANTE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL BAJO CANTANTE

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO ESTREMERÁ

Estrenado en el SALÓN NACIONAL el 23 de Noviembre
de 1908



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1909



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Al ilustre abogado

D. José Morote

*como prueba del afecto inquebrantable
que le profesa*

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

INOCENCIA.....	SRTA. SÁNCHEZ.
CLAUDINA.....	ESTBELLA.
DOÑA PERFECTA.....	SRA. HURTADO.
ANA.....	SRTA. CAMPOS.
FELICIANO.....	SR. CALVERA.
EDUARDO.....	SÁNCHEZ.
DON CLETO.....	CANO.
DON TEÓFILO.....	PUGA.
MOZO.....	MALLÉN.

~~~~~

**La acción en nuestros días y en una playa elegante  
de la costa cantábrica**

---

Las indicaciones, del lado del actor



# ACTO UNICO

---

La escena representa el jardín de un hotel. A la derecha, en primer término un pabellón con puerta practicable y á la izquierda, también en primer término, otro pabellón con puerta igualmente practicable. El centro de la escena estará ocupado por un velador y varias sillas, y entre ellas habrá alguno de esos cestos propios de playa. Es de noche y la escena está iluminada por las luces que habrá en las fachadas de los pabellones,

## ESCENA PRIMERA

INOCENCIA, DOÑA PERFECTA, EDUARDO y DON CLETO

Doña Perfecta y don Cleto duermen en sendas butacas y tienen rosarios en las manos. Inocencia y Eduardo muy juntos y sentados en medio de los otros dos personajes

- EDU. ¡Cómo duermen!  
INOC. Siempre les sucede lo mismo; empiezan con mucha devoción y acaban con mucho sueño.  
EDU. Eso de rezar el rosario en el jardín, después de cenar y cómodamente sentados, hace que no pasemos nunca del segundo misterio.  
INOC. Miralos. Roncan como dos benditos.  
EDU. Ya, ya. ¡Cualquiera diría al ver la beatífica

- cara de tu tío, que tiene un genio tan insu-  
frible!
- INOC. Es que tú la has tomado con él.  
EDU. Y él conmigo. Se pasa todo el día amones-  
tándome y no consiente que me tome con-  
tigo la más pequeña libertad, sin reparar en  
que dentro de mes y medio seremos marido  
y mujer.
- INOC. ¡Cuándo llegará ese día!...
- EDU. ¿Tienes ganas de que llegue?
- INOC. Muchísimas.
- EDU. ¿Y me querrás siempre con exageración?
- INOC. Con mucha exageración.
- EDU. Bendita, bendita y bendita. (Dándole un beso  
en la mano á cada bendita.)
- CLETO (Medio despertando.) ¿Eh?
- EDU. (Como rezando.) Bendita tú eres entre todas las  
mujeres...
- CLETO Amén. (vuelve á dormirse.)
- INOC. No seas atrevido; ¡por poco nos pilla!
- EDU. ¿Y qué? Que nos pille. ¡Ya me he cargado  
yo!
- INOC. ¡No te enfades, hombre!
- EDU. Después de todo, ¿quién es él para meterse  
en eso?... ¿Quién manda en tí?
- INOC. Mi padre y mi madre.
- EDU. Tu madre es una santa y todo lo ve con  
buenos ojos, y tu padre, cuando venga, me  
dirá lo que le parezca.
- INOC. ¡Qué gana tengo de verle!
- EDU. Lo comprendo; después de una ausencia tan  
larga apenas te acordarás de él.
- INOC. Casi nada: como que nació á los dos meses de  
marcharse á Cuba.
- EDU. ¿Y no te ha escrito nunca?
- INOC. Hasta hace dos años no habíamos tenido la  
menor noticia de él.
- EDU. ¿Y cómo justificó su silencio?
- INOC. No lo justificó. En la primera carta nos pe-  
día perdón por sus pasadas locuras.
- EDU. ¡Ah! ¿pero tu padre ha hecho locuras?
- INOC. Muchísimas. Su afición á las faldas le hizo  
emprender el viaje siguiendo á una ameri-  
cana.

- EDU. ¡Caramba con don Plácido!  
INOC. Luego, según he oído decir á mamá, la americana se empeñó en que la pusiera casa.
- EDU. ¡La americana! ¿Y se la puso?  
INOC. Sí, pero al poco tiempo rompió con ella.  
EDU. Hizo muy requetebién en sentarle las costuras.
- INOC. Luego no sé lo que pasaría.  
EDU. ¿No tuvistéis más noticias?  
INOC. No; pero dice mamá que no quiere pensar en las americanas que habrá tenido mi padre.
- EDU. Menos mal que al fin y al cabo se ha corregido.
- INOC. Desde hace cinco años no ha hecho el pobre más que trabajar hasta conseguir una fortuna que le permita rodearnos de comodidades.
- EDU. Pobre suegro mío. Deseo abrazarle.  
INOC. Dentro de poco llegará á esta playa, que es donde nos citamos.
- EDU. Ya debía estar aquí.  
INOC. Es verdad.  
EDU. ¡De fijo me consentirá algo más que tu tío!  
INOC. ¡Siempre estás con lo mismo!  
EDU. Porque te quiero mucho.  
INOC. ¿Sí?  
EDU. Porque tu eres mi vida, mi ilusión y... anda, dame un abrazo.
- INOC. No, lo.  
EDU. Si duerme. (Cleto ronca.) ¿Lo ves?  
INOC. Pero... (Cleto se vuelve.)  
EDU. Nos da la espalda. Anda ahora.  
INOC. No.  
EDU. Sí, ahora, ahora.  
PERF. (Despertando.) Ahora y en la hora de nuestra muerte, amén. (Acaba de despertar, los ve abrazados y dice espantada.) ¡Jesús! (Y se vuelve del otro lado haciéndose la dormida.)
- INOC. ¡Nos ha visto!  
EDU. No te importe; tu madre es muy buena y para ella nuestro amor no tiene misterios.
- CLETO (Despertando.) ¿En qué misterio estamos?  
INOC. Ya se acabó.

- CLETO Caramba, cómo se pasa el tiempo. (Mirando el reloj.) Las diez y media. (Levantándose.) Ya me estarán esperando mis compañeros de tresillo. (Mirando á Perfecta.) Esta Perfecta siempre durmiendo.
- PERF. Sí, hermano, no lo puedo remediar. Entre el sonsonete del rosario, el murmullo del mar y la deliciosa temperatura que aquí se disfruta, me quedo como un leño en un decir Jesús.
- CLETO Pues vete á la cama.
- PERF. Eso voy á hacer.
- CLETO Yo me voy á mi partida... (Pausa y transición.) Pero ahora que me acuerdo; oiga usted, amigo mío: ¿se puede saber quién era esa joven que después de comer estuvo hablando con usted?
- EDU. (Aparte.) ¡Caracoles! (Alto.) A esa infeliz la conocí en Italia. Es hija de un célebre bajo de ópera.
- CLETO ¿Por qué la llama usted infeliz?
- EDU. Porque su padre se volvió loco una noche cantando *Los Hugonotes*.
- INOC. ¡Qué horror!
- PERF. Tendrían que suspender la representación.
- EDU. A la mitad del segundo acto.
- INOC. El bajo estaría furioso.
- EDU. Como una fiera. Los médicos entraron á reconocerle y certificaron que el desdichado cantante había perdido la razón.
- INOC. ¿Y se ha curado ya?
- EDU. De la furia sí. Es un loco pacífico que no se mete con nadie; pero no ha vuelto á dar pie con bola.
- CLETO ¡Qué cosas más raras!... (Aparte.) Me escamo... ¿Será la *infeliz* esa algún lío de este caballero?... Observaré.. (Alto.) Bueno, me voy. Si queréis algo ya sabéis en donde estoy. (Vase por el fondo izquierda.)

## ESCENA II

INOCENCIA, PERFECTA, EDUARDO y MOZO

- MOZO (Saliendo del pabellón derecha.) Señora, ya está dispuesta la habitación que me ha encargado para su esposo.
- PERF. Bueno. Ya no le espero hasta mañana.
- EDU. Y para mi tío, ¿cuál ha reservado usted?
- MOZO El ocho de ese otro pabellón.
- PERF. Ya sabe usted, si llegara mi marido de improviso, avísenos inmediatamente.
- MOZO Está bien.
- PERF. Se llama don Plácido Garrucha y en cuanto llegue le sirve usted lo que quiera, porque de seguro traerá apetito.
- INOC. Y le da usted cuanto pida.
- EDU. Si viniera mi tío hacía usted lo mismo.
- MOZO Así se hará. (vase.)
- PERF. ¡Vamos, que no haber venido ninguno de los dos!
- EDU. No tiene nada de particular; esos dichosos trene<sup>o</sup> llegan cuando Dios quiere.
- PERF. ¡Qué felicidad vernos toda la familia reunida!
- EDU. ¡Ah, señora! y dentro de un año quien sabe si...
- INOC. (Ruborosa.) Calla...
- PERF. Bueno, hija mía, vámonos á la cama que yo no me encuentro bien.

## ESCENA III

DICHOS y CLAUDINA

- CLAU. (Sale por la izquierda y se dirige á Eduardo.)  
Eduardo.
- EDU. (Aparte.) ¡Cielos!
- PERF. ¿Quién es?
- EDU. La hija del bajo. No sé que querrá... Con permiso de ustedes.

PERF. Bueno, pues hasta mañana.  
INOC. Adiós.  
EDU. Que ustedes descansen. (Vanse Perfecta é Inocencia por el pabellón derecha.)

## ESCENA IV

CLAUDINA y EDUARDO

EDU. (Incomodado.) ¿Te parece bien interrumpirme cuando estoy hablando con unas señoras?

CLAU. Creo no haber ofendido á la dueña de tus pensamientos.

EDU. ¡Dale bola! Ya te he dicho que no hay nada de lo que tú te figuras. Esa señorita es prima mía y no me inspira otro interés que el afecto familiar.

CLAU. Sí, ¿eh?

EDU. Bueno. ¿Para qué me has llamado?

CLAU. Para decirte que he decidido marcharme mañana.

EDU. ¡Hombre, me parece muy bien! Ya llevas demasiados baños y pudiera perjudicarte más. Obrarás muy cuerdamente marchándote mañana mismo.

CLAU. Me iré, sí; pero he decidido que tú me acompañes.

EDU. ¡Acompañarte yo! ¿A qué santo?

CLAU. A San Sebastián.

EDU. ¡Qué ocurrencia!

CLAU. Primero iré á Santa Agueda, en donde, como sabes, está recluso mi pobre padre, que según me dicen, no piensa más que en fugarse.

EDU. Debes evitarlo.

CLAU. Y luego á San Sebastián. ¿Conque me acompañas? Esa es la única manera de probarme que no tienes interés por tu prima.

EDU. Pero Claudina, comprende que debo estar aquí, por lo menos hasta tomar los quince baños que me ha recetado el médico.

CLAU. Es que en San Sebastián también hay mar.

EDU. Pero ese mar es muy pequeño para mí...

quiero decir que no hay olas... Ya ves, lo primero que me aconsejó el médico fué que no se me ocurriera ir á San Sebastián. Por esa razón me es imposible complacerte.

CLAU. Por esa y por otra.

EDU. ¿Cuál?

CLAU. Que tienes que estar aquí para recibir al padre de tu futura.

EDU. (Aparte.) ¡Ya escampa!

CLAU. Tonto. ¿Creías que no conocía tu situación? Pero no te apures, ya que no quieres venir me quedaré aquí contigo.

EDU. ¡No faltaba más! ¡Dejar á tu padre por mí! ¡Privarte de las diversiones de San Sebastián por mí! ¡Oh, no! Diviértete, hija mía, ahora que estás en la edad.

CLAU. Prefiero sacrificarme, y así, si es que intentas casarte, yo podré impedirlo.

EDU. (Aparte.) ¡Pues me he lucido!

CLAU. Y ahora te devuelvo la libertad. Ya puedes ir á reunirte con tu prima, si así te place.

EDU. Pero tú...

CLAU. De mí no te ocupes. Ya lo sabes, me quedo. (Vase por la izquierda.)

EDU. Escucha, Claudina... No me oye... ¡Pues estoy fresco! Pero no, esto no puede quedar así... (Vase tras ella.)

## ESCENA V

FELICIANO, solo

Sale por la derecha muy derrotado, con un gabán estropeadísimo y una flauta enfundada debajo del brazo. Baja al proscenio, y después de mirar á todas partes, quédase un rato meditabundo

Con una peseta cuarenta y cinco céntimos no se pueden hacer muchos milagros... Bueno, pues no tengo más, y no tengo más remedio que buscármelas por cualquier parte... ¡Y todo por mala cabeza!... Si cuando me echaron de la orquesta del circo de San Sebastián hubiera tomado el tren de Ma-

drid, ahora estaría cómodamente instalado en mi habitación de soltero de la Travesía de la Ballesta... Pero ¡ah! recibir el disgusto y alucinarme fué todo uno; desesperado entré en un café, me metí en un cuarto, donde se jugaba, y en un cuarto de hora me quedé sin un cuarto. ¡Toda mi fortuna sobre el ignominioso tapete verde! ¡Las economías de tres años de rudo trabajo!... ¡Qué lástima de quince peseta! (Pausa.) Rojo de ira salí á la calle, lloré mi vergüenza y empecé á buscar el medio de salir de aquella precaria situación. Después de varios instantes de incertidumbre, me acordé de que en los balnearios suele haber sextetos... ¿hará falta un flauta?, me dije; es posible, me volví á decir, y previo empeño de mi americana entallada, única prenda empeñable que tenía, (Abre las solapas del gabán de modo que se vea que no lleva americana.) tomé el tren y ya llevo recorridos tres balnearios sin resultado y con un hambre de veinticuatro horas, que no hubiera resistido ni Rodrigo de Vivar. (Pausa.) Por aquí no se ve á nadie... y yo tengo más miedo que vergüenza... En fin, espéremos sentado y Dios dirá. (Se sienta en un cesto y de espaldas á la puerta del pabellón de la derecha.)

## ESCENA VI

FELICIANO, ANA y MOZO, que salen por el citado pabellón y no verán á Feliciano hasta que se indique

MOZO Bueno, pues ya sabes que cuando llegue don Plácido hay que obsequiarle y tratarle á cuerpo de rey.

ANA Y darle cuanto pida.

FEL. (Aparte.) ¡Demonio, qué suerte tiene ese señor!

MOZO Sobre todo hay que prepararle una buena comida, porque generalmente cuando se viaja se tiene hambre.

FEL. (Aparte.) ¡Vaya si se tiene hambre!

- ANA Y si viene, ¿cómo voy á conocerle? ¿Qué tipo tiene?
- MOZO Yo qué sé. El dirá que es don Plácido, porque aquí no le conoce nadie.
- ANA Es verdad, ¿como se marchó hace tanto tiempo!...
- MOZO Veinte años; figúrate tú quién se va á acordar de él.
- FEL. (Aparte.) ¡Ah, qué idea!
- MOZO De modo que ya sabes.
- FEL. Valor y audacia. (Se levanta y dirigiéndose al Mozo dice:) Buenas noches.
- MOZO (Sorprendido.) Buenas... ¿En dónde estaba usted?
- FEL. Pues acabo de llegar, y como venía algo cansado del viaje, me senté en esa butaca; pero al oír que hablaban ustedes de mí he salido.
- MOZO ¿De usted?
- ANA ¿De usted?
- FEL. De mí.
- MOZO ¿Luego es usted don Plácido?
- FEL. El mismito. (Aparte.) Mas qué plácido, lo que soy es fresco.
- MOZO Pues suba usted á su habitación, el número ocho, y mándeme lo que quiera.
- FEL. Luego subiré.
- MOZO Al menos deme usted el gabán para que se lo cepille.
- FEL. ¡No, de niuguna manera! Luego, luego.
- MOZO Seguramente el señor querrá tomar algo.
- FEL. (Aparentando indiferencia.) ¡Psch! ¿Qué hay?
- MOZO Mantecado, fresa y limón.
- FEL. Bueno, tráigame usted un par de huevos fritos con patatas y un pedacito de carne.
- MOZO Inmediatamente. ¿Le sirvo aquí?
- FEL. Sí, aquí mismo.
- MOZO Volando. (A Ana.) Tú avisa á don Cleto, á don Eduardo y á las señoras del siete y díles que ya ha venido el caballero que esperaban.
- ANA Voy. (vase por el fondo.)
- FEL. Sí, sí, que avisen á todo el mundo. (Aparte)
- MOZO Como no me conocen me tiene sin cuidado. Qué alegrón les va usted á dar. (vase.)

FEL. Bueno y yo me digo, ¿quién será don Plácido que tan bien le reciben? Ya veremos, el caso es llenar el estómago, hasta que pueda verme en la Travesía de la Ballesta.

## ESCENA VII

FELICIANO y EDUARDO que sale por el fondo acompañado de ANA. Esta le habla en voz baja, señalando á Feliciano, é inmediatamente vase por el pabellón de la derecha. Eduardo avanza cautelosamente hasta colocarse al lado de Feliciano

EDU. (Aparte.) ¡El!... Procuraré hacerme simpático por si esa trata de descomponer mi boda. (Alto.) Señor don Plácido. (Feliciano le mira y no le hace caso.) Don Plácido.

FEL. ¿Pero es á mí?

EDU. Sí, señor.

FEL. (Aparte.) Ya no me acordaba de que soy don Plácido. (Alto.) Servidor de usted.

EDU. Le suplico que me tutee.

FEL. ¿Que le tutee? Me parece algo pronto; aun no nos hemos tratado lo suficiente...

EDU. Pero, ¡tonto de mí! Claro está que usted no me conoce.

FEL. ¿Lo ve usted?

EDU. Sí, señor; pero en cuanto yo le diga quién soy, se llevará usted una sorpresa.

FEL. Es muy posible.

EDU. Yo soy Eduardo Pinto.

FEL. ¡Pinto! ¡Qué sorpresa!

EDU. ¿Cayó usted ya?

FEL. ¡No he de caer! (Aparte.) ¿Quién será Pinto?

EDU. Las cartas de doña Perfecta le habrán enterado á usted de todo.

FEL. ¿Las cartas de doña Perfecta? (Aparte.) ¿Y quién será doña Perfecta? (Alto.) De todo; estoy al corriente de todo.

EDU. ¿Entonces no le importará á usted que me case con su hija?

FEL. ¿Con la hija de doña Perfecta?

EDU. Y de usted.

- FEL. (Aparte.) ¡Ya me ha hecho padre!... (Alto.) Pues no señor, no me importa nada absolutamente.
- EDU. Gracias, mil gracias; no esperaba yo menos de usted.
- FEL. Pues es lo más que puede usted esperar de mí.
- EDU. Veo con gusto que viene usted muy bueno.
- FEL. Lo mismo que un rollo de manteca.
- EDU. ¿Y qué me cuenta usted de la travesía?
- FEL. (Aparte.) ¡Demonio, sabe dónde vivo! (Alto.) ¿Pero usted sabe?
- EDU. Ya lo creo. Sin conocerle tenía ya muchas simpatías por usted. (Con picardía.) Sé que hace años era usted un poquito libertino.
- FEL. Muy poquito.
- EDU. También sé lo que hizo usted con la americana.
- FEL. (Subiéndose el cuello del gabán y con rapidez.) ¡Cómolo! ¿Lo sabía usted?... Yo le aseguro que sí lo hice...
- EDU. Ya lo sé; fué porque ella se empeñó.
- FEL. ¡Ya lo creo que se empeñó!
- EDU. Pero también sé que la ha dejado usted como cosa perdida.
- FEL. Completamente. ¡No podré sacarla de allí!
- EDU. Y yo me alegro mucho de que no pueda usted sacarla.
- FEL. (Aparte) ¡Qué mala intención!
- MOZO (Sale con servicio y lo pone encima del velador diciendo á Feliciano.) La señorita baja ahora mismo. (Vase.)
- FEL. (Asombrado.) ¿Va á bajar?
- EDU. Verá usted qué sorpresa se va á llevar.
- FEL. (Invitándole.) ¿Quiere usted?
- EDU. Tú.
- FEL. ¿Qué?
- EDU. No, si le digo á usted que me llame de tú.
- FEL. ¡Ah! ¿Quieres mojar, chico?
- EDU. Que le aproveche.

## ESCENA VIII

DICHOS é INOCENCIA que sale del pabellón derecha y al ver á Feliciano se arroja en sus brazos

- EDU. Aquí la tiene usted.  
INOC. ¡Padre mío!  
FEL. ¡Hija de mi corazón!  
INOC. No le esperábamos á usted hasta mañana; ya estábamos acostadas, solo que al recibir la noticia me he vestido en un vuelo.  
FEL. ¡Pobre hija mía! ¿Cómo te acuestas tan pronto?  
INOC. Porque las noches son aburridísimas aquí y no sabe una que hacer.  
EDU. Aquí no tiene usted recursos.  
FEL. (Aparte.) Ni en ninguna parte.  
INOC. Mamá está dormida y no he querido despertarla porque ya sabe usted que su estado no es bueno.  
FEL. ¡Qué ha de ser, hija, qué ha de ser!  
INOC. ¡Pobre mamá! ¿Y no ha visto usted á su hermano?  
FEL. ¡Pero, cómo! ¿Está aquí mi hermano?  
INOC. Si murió hace dos años.  
FEL. Ya lo sé. Por eso decía: ¿pero cómo está aquí mi hermano si murió hace dos años?  
INOC. Yo hablo del hermano de mamá.  
FEL. También se ha muerto, es verdad.  
INOC. No, ese no murió; está aquí.  
FEL. ¡Ah, es cierto, no murió! (Aparte) Voy de equivocación en equivocación.  
INOC. Pues tiene muchos deseos de verle á usted.  
EDU. Ya verá usted qué genio gasta.  
FEL. Sí, ¿eh? (Aparte.) Esto se pone feo.  
INOC. ¿Qué tal le ha ido á usted por allá?  
FEL. Regular nada más.  
EDU. Quién piensa en eso. Lo cierto es que ya no se separará de nosotros.  
FEL. Jamás.

- INOC. Bueno, papá, ante todo querrá usted lavarse.
- FEL. Sí, me lavaré.
- INOC. Pues venga usted. Es decir, primero iré yo para prepararlo todo.
- FEL. (Que se había levantado y llevaba la flauta en la mano.) Como quieras.
- INOC. (Reparando en la flauta.) ¿Qué es eso?
- FEL. ¿E-to?... ¡Curiosa!
- INOC. Ya comprendo; un regalo que me trae usted, ¿eh?
- FEL. ¡Justo!
- INOC. ¡Qué bueno es mi papá!
- FEL. No tiene nada de particular.
- INOC. A ver, á ver. (Coge la flauta y la saca de la funda.) ¡Cómo! ¡una flauta!
- FEL. Sí, hija mía. Estuve dudando qué traerte. Yo queria que fuera algo nuevo y que se saliera de lo vulgar. Abanicos y sombrillas los regala todo el mundo... ¿Qué la llevaré? pensé, y harto de buscar me decidí por eso.
- INOC. Pero, papá, si yo no sé tocar la flauta.
- FEL. Ni falta que te hace.
- INOC. (Aparte.) ¡Qué rareza!
- EDU. (Aparte.) Me parece que mi suegro está ido.
- INOC. En fin, muchas gracias, papá; soplaré y veremos á ver lo que sale.
- FEL. Si te cuesta trabajo déjalo. Afortunadamente ese es un objeto que adorna mucho en una casa.
- INOC. Bueno, voy á prepararlo todo para que pueda usted arreglarse un poco. (Aparte.) ¡Qué rarezas tiene mi papá! (Vase pabellón derecha.)
- FEL. Bueno, pues me comeré este piscolabis que se estará quedando frío.
- EDU. Mientras yo voy, con su permiso, á escribir unas cartas.
- FEL. Vé á donde quieras.
- EDU. (Aparte.) Tengo que evitar á toda costa que Claudina vea á mi suegro. (Vase por el foro.)

## ESCENA IX

FELICIANO y DON CLETO

- FEL. ¿Pero quién será don Plácido? Sin duda se trata de un personaje. Voy á salir con las manos en la cabeza; pero mientras se descubre la verdad podré comer. .
- CLETO (Saliendo por el foro.) Ya está aquí este calaverón. (Va por detrás de Feliciano y le da un golpe en la espalda.) Venga un abrazo.
- FEL. (Volviéndose.) ¿Eh?
- CLETO (Al verle.) ¿Eh? ¡Cómo!... Usted perdone.
- FEL. No hay de qué.
- CLETO La muchacha me acaba de decir que era usted el señor que esperábamos.
- FEL Y dice muy, porque soy yo.
- CLETO No puede ser.
- FEL. ¿Que no puede ser? Pregúnteselo usted á don Eduardo Pinto.
- CLETO ¿Pero usted conoce á don Eduardo?
- FEL. ¡Qué pregunta! De toda la vida.
- CLETO Ah, ¡ya caigo! ¿entonces será usted su tío?
- FEL. (Aparte.) Vamos, por lo visto, este Eduardo es sobrino de don Plácido. ¡Por eso me dijo que le tutease!... (Alto.) Pues sí, yo soy su tío.
- CLETO (Abrazándole.) Venga un abrazo, querido don Teófilo.
- FEL. ¡Eh!
- CLETO ¿Qué le ocurre?
- FEL. Nada, nada. (Aparte.) ¿Por qué me llamará don Teófilo?... Este me toma por otro.
- CLETO No se puede usted figurar las ganas que tenía de verle. Yo soy don Cleto.
- FEL. ¿Es posible?
- CLETO Sí, señor.
- FEL. (El mismo juego que antes.) Un abrazo, querido don Cleto. (Aparte.) Lo que es yo no quedo mal.
- CLETO Precisamente estaba deseando verle á usted

para que hablemos de un asunto bastante delicado.

FEL. Ya puede usted empezar.

CLETO Se trata de Eduardo; y aunque sentiré proporcionarle á usted un disgusto, antes de dar el paso, se deben atar los cabos. ¿Me entiende usted?

FEL. Ni una palabra.

CLETO ¿Cómo?

FEL. Digo, que ni una palabra más.

CLETO ¡Ah! ya. Pues verá usted; yo he llegado á sospechar que Eduardo sostiene relaciones amorosas con una mujer, que trata á todo trance de evitar que la boda se celebre.

FEL. ¡Qué me cuenta usted!

CLETO Y creo que es usted el llamado á amonestarle para que se decida por la una ó por la otra.

FEL. Descuide usted, que las amonestaciones corren de mi cuenta. Pero sepamos, ¿quién es ella?

CLETO Ella está aquí mismo. Es hija de un bajo de ópera que está loco rematado.

FEL. No necesito más. Yo le hablaré.

CLETO Conste que siento tener que obrar así; pero ya comprenderá usted lo delicado del asunto.

FEL. Ha hecho usted perfectamente. Yo me encargo de todo y le daré cuenta de mis gestiones.

CLETO Acordado. Y ahora, con permiso de usted, me voy á continuar la partida de tresillo que he interrumpido por venir á saludarle.

FEL. Sí, sí, vaya usted.

CLETO Mientras puede usted hablar con su sobrino y decirle lo que viene al caso.

FEL. Se lo diré.

CLETO Pues entonces hasta luego.

FEL. Vaya usted con Dios. (Vase don Cleto por el fondo y Feliciano se sienta y vuelve á reanudar su interrumpida cena.)

## ESCENA X

FELICIANO ó INOCENCIA

- INOC. (saliendo del pabellón derecha.) Vamos, papá, venga usted, que ya está todo dispuesto.
- FEL. ¿Dispuesto para qué?
- INOC. Para que se lave, que buena falta le hará después del viaje.
- FEL. Yo me ensucio muy poco, pero puesto que te empeñas, vamos.
- INOC. Por aquí, sígame usted.
- FEL. Pero oye, ¿y tu mamá?
- INOC. Sigue durmiendo. Si usted quiere la despertare.
- FEL. ¡De ninguna manera! Que duerma la pobre-cilla. (Aparte.) Así no se despierte en quince días. (Vanse pabellón derecha)

## ESCENA XI

EDUARDO, TEÓFILO y MOZO

- EDU. (saliendo por el fondo.) Esta mujer me va á colocar en una situación ridícula, si como dice, habla con mi suegro... Y hablará, sí, es muy capaz.
- TEÓF. (Sale por la derecha en traje de viaje con una maleta en la mano. Al ver á Eduardo se detiene y le dice cariñosamente:) Eduardo... Eduardito...
- EDU. ¡Mi tío! (Abrazándole.) ¿Llega usted en este momento?
- TEÓF. Sí. Ya ves que cumplo mi palabra.
- EDU. Viene usted llovido del cielo para sacarme de un compromiso horroroso.
- TEÓF. ¡Adiós! ¡Que siempre has de ser el mismo!... Me figuro que será cuestión de faldas.
- EDU. Sí señor, de muchas faldas; pero usted, que siempre ha sido mi paño de lágrimas, no me abandonará en esta situación.

- TEÓF. Pero hombre de Dios, ¿no vas á casarte dentro de poco?... ¡pues déjate de historias!
- EDU. Es que ahora se trata de una conquista antigua.
- TEÓF. ¿Cómo es eso?
- EDU. Verá usted. Al llegar aquí con mi futura y su madre, me encontré de manos á boca con una bañista conocida ¡Era Claudina!
- TEÓF. ¿Y quién es Claudina?
- EDU. Aquella que conocí en Roma.
- TEÓF. ¡Cómo! ¿La hija del bajo loco?
- EDU. Justamente. ¿La conoce usted?
- TEÓF. No, pero me has hablado de ella.
- EDU. Pues aquí la tiene usted dispuesta á impedir, por todos los medios posibles, que yo me case.
- TEÓF. Bueno, ¿y qué quieres de mí?
- EDU. Que, revestido de la autoridad que le da á usted el ser mi tío, la vea y la diga, que me voy á casar con otra y que me deje en paz.
- TEÓF. No tengo inconveniente.
- EDU. ¿De verdad?
- TEÓF. Sí; pero ante todo es preciso que me presentes á tu futura porque tengo muchos deseos de conocerla.
- EDU. Eso luego; lo primero es quitar de en medio á Claudina.
- TEÓF. Sea; pero oye, el caso es que tampoco conozco á Claudina.
- EDU. Yo haré que venga aquí, y en cuanto usted la vea, aprovecha la ocasión y se lo dice todo. (Llamando.) ¡Mozo!
- MOZO (saliendo.) ¿Qué manda usted?
- EDU. Lleve usted á mi tío á su habitación.
- MUZO Por aquí, caballero. (Coge la maleta de Teófilo, y vase por el pabellón de la izquierda.)
- EDU. (En la puerta é invitando á Teófilo á que entre.) Vea usted su habitación y cepíllese mientras busco á Claudina.
- TEÓF. La haces venir aquí, ¿eh?
- EDU. Sí. Sea usted inflexible y no olvide que va en ello mi felicidad.
- TEÓF. Bien, hombre, bien. (Entra en el pabellón y Eduardo vase por el fondo.)

## ESCENA XII

INOCENCIA, ANA y TEÓFILO

- ANA (Que sale del pabellón derecha con Inocencia.) No se apure usted, señorita.
- INOC. ¿Le parece á usted que no es para preocuparse?
- ANA Puede que se le pase.
- INOC. Yo no sé si despertar á mamá y decírselo; pero no me atrevo á darle ese disgusto.
- TEÓF. (Saliendo.) ¿Será ésta? (Sentándose.) Veremos.
- ANA Ésas rarezas de su papá se le pasarán con el tiempo.
- INOC. No son rarezas, no. ¡Cuidado que ha dicho cosas sin tón ni són! Ha equivocado á todos sus parientes, y hace un momento no sabía cómo se llama de apellido!
- ANA Eso si que es raro.
- INOC. ¡Pobre padre mío! ¡Está malo de la cabeza!
- TEÓF. (Aparte.) Sí, ésta debe ser.
- INOC. Otro detalle: ¿sabe usted el regalo que me ha traído?
- ANA No.
- INOC. Pues ¡una flauta!
- ANA ¡Dios mío, qué rareza!
- INOC. Y ahora mismo acaba de hacer una cosa que demuestra que su cabeza no rige.
- ANA ¿Qué ha hecho?
- INOC. Que, aunque se ha lavado la cara y el pescuezo, no ha consentido en quitarse el gabán.
- TEÓF. (Aparte.) Ya no me cabe duda. Esta es la hija del loco.
- INOC. ¡Pobrecito papá!
- TEÓF. (Aparte.) Esta es la ocasión. (Alto y á Inocencia. Señorita.
- INOC. Caballero. (Vase Ana.)
- TEÓF. Perdóneme la pregunta.. ¿su papá es bajo?
- INOC. (Aparte.) ¿Por qué me dirá eso? (Alto.) Sí, señor, es bajo y delgado.
- TEÓF. El que sea delgado es lo de menos.

- INOC. Claro; en habiendo salud...
- TEÓF. Pues yo, señorita, quisiera decirla dos palabras, si usted no tiene inconveniente.
- INOC. No, señor.
- TEÓF. Usted está enamorado de Eduardo Pinto ¿no es eso?
- INOC. Sí, señor.
- TEÓF. Pues hace usted muy mal.
- INOC. ¿Por qué?
- TEÓF. Porque esos amores no pueden ser duros.
- INOC. ¿Cómo que no?
- TEÓF. No, señorita. Eduardo se va á casar con otra dentro de poco.
- INOC. Pero si me tiene dada palabra de matrimonio.
- TEÓF. (Con cierto orgullo.) Eso lo hacemos todos en casos análogos.
- INOC. Es que además ha hablado con mi papá.
- TEÓF. ¿Y qué? Su papá de usted es un cero á la izquierda.
- INOC. ¡Caballero!
- TEÓF. No se ofenda, señorita, y comprenda que con un extraviado no pueden contraerse compromisos de ninguna especie.
- INOC. ¡Extraviado! ¿Pero usted sabe?
- TEÓF. Todo.
- INOC. ¿Y cree que mi papá está extraviado?
- TEÓF. No lo creo; lo afirmo.
- INOC. ¡Ay qué desgraciada soy! (Llora.)
- TEÓF. (Aparte.) Pobrecita, me da lastima, pero debo ser inflexible. (Alto) Váyase usted de aquí con su papá y no se acuerde más de Eduardo.
- INOC. ¡Si eso es imposible! ¡Eduardo se casará conmigo!
- TEÓF. No se haga usted ilusiones.
- INOC. ¿Y por qué no me lo ha dicho él?
- TEÓF. Ha preferido que fuera yo el portador de esa mala nueva.
- INOC. ¿Y quién es usted?
- TEÓF. El tío de Eduardo.
- INOC. ¿Don Teófilo?
- TEÓF. El mismo. ¿Me conocía usted?

- INOC. Eduardo me hablaba mucho de usted.  
TEÓF. Por lo visto tenía preparado el golpe.  
INOC. ¡Ingiato! No le veré más... ¡Pobre de mí!  
(Llorando.)  
TEÓF. (Aparte.) He estado un poco fuerte; pero no  
había más remedio.

### ESCENA XIII

DICHOS y FELICIANO

- FEL. (Saliendo del pabellón derecha.) Ea, ya estoy más  
fresco que una lechuga.  
INOC. Papá, papá.  
TEÓF. (Aparte.) El loco.  
FEL. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?  
INOC. Porque Eduardo ya no se casa conmigo.  
FEL. ¿Y qué más te da, tonta?...  
INOC. ¡Cómo! ¿No se enfada usted?  
FEL. Ah, sí; ya lo creo que me enfado, muchísimo,  
¡no faltaba más!  
INOC. ¡Dejarme plantada á estas alturas!  
FEL. ¡Eso es! ¡A estas alturas!... Pero bueno, ¿quién  
te ha dicho á tí semejante cosa?  
TEÓF. Yo.  
FEL. ¿Y usted quién es para meterse en camisa  
de once varas?  
TEÓF. Señor mío, me meto porque puedo y porque  
me consta que Eduardo no se casará con su  
hija de usted.  
INOC. ¡Ay, Dios mío de mi vida! (Vase llorando por el  
pabellón de la derecha.)

### ESCENA XIV

FELICIANO, TEÓFILO y DON CLETO, luego

- FEL. ¿Y se puede saber por qué razón no se ca-  
sará Eduardo con mi hija?  
TEÓF. Porque se casa con otra de la cual está muy  
enamorado.  
FEL. ¿Y en dónde está esa otra?

- TEÓF. Aquí mismo.
- FEL. (Aparte.) Entonces esa otra debe ser Claudina. (Alto.) ¿Y usted tiene mucho empeño en que esa boda se celebre?
- TEÓF. Naturalmente.
- FEL. (Aparte.) Ah, vamos, lo que yo me figuraba; este es el loco.
- CLETO (Que acaba de salir por el fondo se dirige á Feliciano y le pregunta.) ¿Qué están ustedes discutiendo con tanto calor?
- FEL. Discutíamos con quién se iba á casar Eduardo.
- CLETO. ¿Qué gana de perder el tiempo!
- TEÓF. ¿Por qué?
- CLETO. Porque se casará con mi sobrina.
- TEÓF. (Aterrado.) ¡Cómo! ¿Pero usted tiene una sobrina?
- CLETO. Sí, señor.
- TEÓF. ¿Y Eduardo la ha dado palabra de casamiento?
- CLETO. Claro está.
- TEÓF. (Aparte.) ¡Pero ese demonio de chico se ha comprometido con tres mujeres!
- CLETO. ¿Es que lo pone usted en duda?
- TEÓF. Naturalmente, como que no se casará con su sobrina de usted.
- CLETO. ¿Cómo que no!
- FEL. (Aparte á don Cleto y por Teófilo.) Es inútil que se esfuerce usted en convencerle. Es el loco y cree que la elegida es su hija.
- CLETO. (Aparte á Feliciano.) ¡Ah! ¿No le decía á usted que había algo? ¡Esto es intolerable! (A Teófilo.) Caballero, no hablemos más; convenza usted á su hija de que pierde el tiempo.
- TEÓF. Pero, hombre, si yo no tengo ninguna hija.
- CLETO. ¿Y Claudina?
- TEÓF. Claudina es hija de ese señor.
- FEL. (Aparte á don Cleto.) ¿Lo ve usted? ¡Esta rematado.
- CLETO. Usted dirá lo que quiera; pero para que luego no se llame á engaño, cónstele que mi sobrina es la única prometida de Eduardo.
- TEÓF. ¿La única? (A Feliciano.) ¿Y usted qué dice á eso?

- FEL. Yo digo lo mismo que dije antes: Eduardo se casará con mi hija.
- CLETO (Lleno de admiración y á Feliciano.) ¿Pero usted tiene una hija?
- FEL. Pues claro: ¿No lo sabía usted?
- CLETO No, señor.
- FEL. (Aparte.) Nada, que cada vez lo entiendo menos.
- TEÓF. (Aparte á don Cleto y por Feliciano.) No discuta usted con él porque el pobre está loco.
- CLETO (A Feliciano.) Sepa usted, caballero, que conmigo no se juega.
- FEL. Pero si yo no juego.
- CLETO Sí, señor, porque ahora salimos con que tiene usted una hija.
- FEL. Pues eso sí que no lo puedo remediar.
- CLETO Basta de discutir; ahora mismo pondremos las cosas en claro. (Vase por el pabellón derecha.)
- TEÓF. ¡Y todo por ese libertino! Yo le diré cuantas son tres y dos.
- FEL. Creo que lo sabe.
- TEÓF. ¡Nos veremos las caras! (Vanse por el fondo.)
- FEL. ¡Ay, infeliz de mí y en donde me he metido!... (Con decisión.) Éa, no hay más remedio; subo á mi cuarto, cojo mi flauta y á Madrid aunque sea á pie. (Va á hacer mutis.)

## ESCENA XV

FELICIANO y CLAUDINA que sale por el fondo y al ver que Feliciano se va le tira del gabán deteniéndole

- CLAU. Caballero, ¿es usted el padre de la novia de Eduardo?
- FEL. (Aturdido.) Creo que sí.
- CLAU. ¿No está usted seguro? (Aparte.) ¡En buena familia se va á meter ese desgraciado!
- FEL. Sí, sí... ¿qué desea usted?
- CLAU. Pues decirle á usted que Eduardo y yo estamos en relaciones desde hace tres años y que no estoy dispuesta á consentir que se case con su prima.
- FEL. (Admiradísimo.) ¡Ah! Pero, ¿Eduardo se casa

con su prima?.. (Aparte.) ¡Pero con cuántas mujeres se va á casar ese chico!

CLAU. Es inútil que usted disimule; Eduardo no se casa porque no quiero yo, ¿sabe usted?

FEL. Muy bien, ¿y usted quién es?

CLAU. Claudina.

FEL. ¡Ah! precisamente se acaba de marchar de aquí su papá de usted.

CLAU. ¡Mi padre! ¿Está aquí mi padre?

FEL. No le quepa á usted duda.

CLAU. ¡Ay, Dios mío! ¡Eso es que al fin se ha escapado de su reclusión! ¿Por dónde se fué?

FEL. Por ahí.

CLAU. Voy corriendo á buscarle, no sea que haga alguna de las suyas. (Vase precipitadamente por el fondo.)

FEL. Pues señor, esto es el harem de Eduardo Pinto... Voy por mi flauta y á Madrid. (Va hacia la puerta del pabellón derecha y entra.)

## ESCENA XVI

EDUARDO y FELICIANO

EDU. (Por el fondo.) ¿Pero tampoco está aquí mi tío? ¡En dónde se habrá metido! (Sale Feliciano llevando la flauta y hace intención de huir. Eduardo le detiene.) ¿A dónde va usted, don Plácido?

FEL. (Aparte.) ¡Me caí!

EDU. ¿Para qué lleva usted la flauta?

FEL. ¿La flauta?... ¡Ah, qué cabeza tengo! Iba á darme un paseo y subí por el bastón; pero equivocadamente cogí la flauta.

EDU. (Aparte.) No tiene remedio.

FEL. ¿Me acompañas?

EDU. No, querido suegro; usted y yo tenemos que hablar. Don Plácido, usted estará muy incomodado conmigo.

FEL. Yo, ¿por qué?

EDU. ¿No sabe usted lo de Claudina?

FEL. Ah, es verdad. ¡Estoy muy incomodado

EDU. Pero yo le suplico que me perdone. Eso y

- pasó. Yo he hecho con ella lo mismo que usted con la americana.
- FEL. (Aparte.) ¿Qué dice este hombre?
- EDU. ¿Me perdona usted?
- FEL. Con mucho gusto.
- EDU. ¡Ah, qué bueno es usted! Complete su obra y convenza á doña Perfecta.
- FEL. La convenceré.
- EDU. Pues vamos á buscarla ahora mismo.
- FEL. Lo que es eso sí que no.
- EDU. ¿Por qué?... ¡Ah! ya comprendo. ¿Teme usted encontrar á Claudina y que lo descubra todo?
- FEL. Justamente.
- EDU. Si yo pudiera hacer que se fuera de aquí... Por conseguirlo daría cuanto tengo.
- FEL. (Aparte.) ¡Ah, qué idea! (Alto.) ¿Daría usted cuanto tiene porque desapareciese?
- EDU. ¡Ya lo creo!
- FEL. Pues yo me comprometo á hacerla desaparecer.
- EDU. ¿En serio?
- FEL. Palabra de honor. Pero con una condición.
- EDU. Aceptada: ¿cuál es?
- FEL. Que me perdone usted y que me salve.
- EDU. No entiendo.
- FEL. Mire usted, amigo mío; la verdad, yo no soy don Plácido.
- EDU. ¿Qué está usted diciendo?
- FEL. Soy un pobre flautista que llegó aquí muerto de hambre y en busca de una colocación. Oí que esperaban á un don Plácido, al que nadie conocía, me enteré de que solo trataban de obsequiarle, y yo que tenía un hambre de pronóstico reservado, dije: yo soy ese, y aquí lo tiene usted todo explicado.
- EDU. Perdonado está usted, y cumplida por tanto la condición.
- FEL. Es que quiero que usted me salve para no sufrir las justas iras de esos señores.
- EDU. Convenido: pero usted á cambio hará desaparecer á Claudina.
- FEL. Y una vez que lo haga, emprenderé el camino y me iré á Madrid andando.

- EDU. ¡Qué capricho!
- FEL. No es capricho, es que no tengo más que una peseta con cuarenta y cinco céntimos.
- EDU. (Aparte.) ¡Pobrecillo! (Sacando la cartera y dándole unos billetes.) Tome usted.
- FEL. (Loco de alegría.) ¡Es posible! ¿Me regala usted esa cantidad fabulosa? (Cogiendo los billetes.) Permitame usted que le abrace! (Le abraza.)
- EDU. ¿Pero Claudina?...
- FEL. Desaparecerá... Voy á buscarla ahora mismo.
- EDU. Bueno, mientras buscaré á mi tío. Debe estar en su habitación. ¿Convenido?
- FEL. Sí. (Vase Eduardo pabellón izquierda.)

## ESCENA XVII

FELICIANO y CLAUDINA

- FEL. ¡Este hombre es todo corazón!... ¡Y yo soy todo poca vergüenza! .. (Mirando á la izquierda.) Claudina. La ocasión no puede ser mejor.
- CLAU. (Sale agitadísima y se dirige á la izquierda.) Caballero, ¿ha visto usted á mi padre? No le encuentro por ninguna parte.
- FEL. Le he visto y comprendo que no le encuentre usted.
- CLAU. ¿Por qué?
- FEL. Porque se ha marchado.
- CLAU. ¿A dónde?
- FEL. A... Biarritz.
- CLAU. ¿Es posible? ¿Cuándo?
- FEL. Hace ya rato. Vino y me dijo: ¿Quiere usted algo para Biarritz?—No, muchas gracias.—Pues abur.—Y se fué.
- CLAU. ¡Pobre padre mío!... No hay más remedio, me voy tras él.
- FEL. Eso es lo que debe usted hacer.
- CLAU. Sí, es preciso. Mandaré enganchar cuatro caballos al coche más ligero y voy en su busca.
- FEL. Eso es lo mejor.
- CLAU. Gracias, caballero, me voy... ¡Ah! ¿Supongo

- que después de lo que le he dicho, no consentirá que Eduardo se case con su hija?
- FEL. ¡De ninguna manera!
- CLAU. Gracias, y quede usted con Dios. (Vase rápidamente y Feliciano no la pierde de vista.)
- FEL. (Larga pausa.) ¡Demonio! Acabo de hacer una mala acción. ¡Pero muy mala! (Compungido.) ¡Soy un miserable!... ¿Por qué he de engañar á esa infeliz que correrá inútilmente buscando á su padre? (Más compungido.) ¡Y el pobre padre aquí buscando á su hija!... ¡Ah, Feliciano, has perdido el honor que era lo único que podías perder!

### ESCENA XVIII

FELICIANO, TEÓFILO y EDUARDO luego

- TEÓF. (Saliendo.) ¿Pues señor, en dónde estará mi sobrino?
- FEL. (Al ver á Teófilo, y aparte) ¡El padre! ¡Ah, no puedo más! Sea lo que Dios quiera, la conciencia me remuerde. (Alto á Teófilo.) Caballero, soy un miserable. Pégueme usted si quiere. (Se arrodilla ante él.)
- TEÓF. (Aparte.) El loco. ¿Por dónde le habrá dado la manía?
- FEL. Le suplico á usted que me pegue.
- TEÓF. ¿Por qué? (Aparte.) Ahora me parece muy duro llevarle la corriente.
- FEL. ¡Que por qué!... Corra usted detrás de su hija, que engañada por mí cree que le sigue á usted.
- TEÓF. El caso es que yo no tengo ninguna hija.
- FEL. (Levantándose.) Pero, ¿Claudina, no es hija de usted?
- TEÓF. No, señor, es hija de usted. (Aparte.) ¡Se ha olvidado de su hija!
- FEL. (Aparte.) ¡Ya no se acuerda de que tiene una hija! (Alto.) Caballero, me consta que es hija de usted.
- TEÓF. No, señor, de usted.
- FEL. Pero, ¿no es usted el bajo?

- TEÓF. El bajo es usted.  
EDU. (Saliendo.) ¿Pero qué dicen ustedes?  
TEÓF. Ven aquí. ¿Conoces al señor?  
EDU. Sí.  
TEÓF. ¿Y no es el padre de Claudina?  
EDU. El mismo.  
FEL. (Aparte á Eduardo.) ¿Pero qué está usted diciendo?  
EDU. (Aparte á Feliciano.) Es el único modo de salvarle. Hágase usted el loco.  
FEL. (Idem.) ¿Pero este señor, no es el loco?  
EDU. No, hombre, es don Teófilo, mi tío.  
FEL. Acabáramos. (Aparte.) Pues sí que me había yo hecho un lío. (Oyense dentro cascabeles y Feliciano dice á Eduardo.) Esa es Claudina que se va.  
EDU. ¿De verdad? ¡Es usted un gran hombre! (Le abraza.)  
TEÓF. (A Eduardo.) Y tú, ven acá. ¿Conque has dado palabra de matrimonio á cuatro mujeres?  
EDU. (Aparte á Teófilo.) No hay nada de eso. Son enredos que ha armado este pobre loco. (Por Feliciano.) Claudina era la única reclamante peligrosa; pero ya se fué.

## ESCENA XIX

DICHOS, PERFECTA, INOCENCIA y DON CLETO que salen por el pabellón de la derecha. Inocencia llorando

- PERF. (A Inocencia.) Vamos á ver, hija mía. ¿En dónde está tu padre?  
INOC. (Por Feliciano.) Allí. (Va á abrazar á Feliciano.) ¡Ay, papá de mi corazón!  
PERF. (Deteniéndola.) ¡Pero hija, si ese caballero no es tu padre!  
INOC. ¿No?  
CLETO Es don Teófilo.  
TEÓF. Usted perdone, don Teófilo soy yo.  
CLETO (A Feliciano.) ¿Entonces quién es usted?  
EDU. (Con cierto misterio.) Es el loco.  
TODOS ¿Eh?  
EDU. El cantante de que antes le hablé.

- TEÓF. El es el autor de todo el enredo y el que tiene la culpa de que hayamos calumniado la formalidad de mi sobrino Eduardo.
- EDU. Ya ven ustedes que no soy culpable como creían. Este pobre hombre me ha puesto en el trance más apurado de mi vida.
- PERF. ¿De veras?
- INOC (con alegría.) ¿Es posible?
- TEÓF. Yo les aseguro á ustedes que Eduardo dice verdad y que sólo adora á Inocencia.
- CLETO ¡Ya decía yo que este chico me había parecido siempre un buen muchacho!
- EDU. (A Feliciano) Ya puede usted emprender su camino. (Aparte.) Muchísimas gracias.
- FEL. (Aparte.) No hay de qué. (Antes de irse se dirige al público y dice.)  
Y si no te disgusté,  
que me perdones espero,  
y así, feliz volveré  
á mi cuarto de soltero. (Cae el telón.)

FIN DEL JUGUETE







Precio: UNA peseta